

¿Cómo debo amar a otros?

J.C. Ryle

1. Si amamos a alguien, nos encanta pensar de él o ella.

No necesitamos que nos recuerden de él. No olvidamos su nombre, ni su apariencia, ni su carácter, ni sus opiniones, ni sus gustos, ni su posición, ni su ocupación. Llega a nuestra mente muchas veces durante el día. Aunque esté lejos de nosotros, frecuentemente está presente en nuestros pensamientos. ¡Y es así entre el verdadero creyente y Cristo! Cristo “mora en su corazón”, y el creyente piensa en él cada día (Ef. 3:17). El creyente no necesita ser recordado que su maestro murió por él. Piensa en él con mucha frecuencia. Nunca olvida que Cristo tiene el día, una causa, una gente, y que de su gente, este creyente es uno de los suyos. El amor es el secreto de una buena memoria en la religión. Ningún hombre del mundo puede pensar mucho en Cristo, a menos que alguien le recuerda de él, porque no tiene afecto para Cristo. *El verdadero creyente tiene pensamientos acerca de Cristo todos los días que vive, por la simple razón de que lo ama.*

2. Si amamos a alguien, nos gusta oír acerca de él o ella. Nos da placer escuchar a los que hablan de él. Tenemos interés en cualquier informe que otros hagan acerca de él. Damos toda nuestra atención cuando otros hablan de él, describiendo su manera de ser, sus dichos, sus hechos y sus planes. Puede que algunos oigan con indiferencia cuando es mencionado, pero nuestros corazones saltan a solo oír el sonido de su nombre. Bueno, así es entre el verdadero creyente y Cristo. *El verdadero cristiano se deleita en oír algo acerca de su maestro. Le encantan aquellos sermones llenos de Cristo.* Se deleita esa sociedad en la cual la gente habla de las cosas que son de Cristo. He leído acerca de una creyente gala que caminaba varios kilómetros cada domingo para escuchar a un pastor inglés predicar, aunque no entendía ni una palabra del idioma inglesa. Alguien le preguntó que por qué lo hacía. Ella contestó que el pastor nombró el nombre de Cristo tantas veces en sus sermones, que le hizo bien. Amaba aún el nombre de su salvador.

3. Si amamos a alguien, nos gusta leer acerca de él o ella. Qué placer intenso una carta de un esposo o esposa ausente, o una carta de un hijo ausente a su madre. Otros puede que vean poco valor en la carta. Ni tomarían el tiempo para leerla. Pero los que aman al escritor ven algo en la carta que nadie más puede ver. Lo cargan consigo como un tesoro. Lo leen vez tras vez. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El verdadero creyente se deleita en leer la Escritura, porque le hablan de su querido salvador.* No es una tarea fastidiosa para él leerla. Rara vez

necesita ser recordado de llevar su Biblia cuando va de viaje. No puede ser feliz sin ella. ¿Y por qué es así? Es porque las Escrituras testifican acerca de aquel que ama su alma, el mismo Cristo.

4. Si amamos a alguien, nos encanta agradarle. Consultamos sus gustos y opiniones y después hacemos lo que él aconseja, y hacemos lo que a él le place. Nos negamos así mismos para satisfacer sus deseos; nos privamos de cosas que sabemos que a él no le gusta; y aprendemos cosas en las cuales no tenemos mucha habilidad, pensando que le dará placer. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El verdadero creyente investiga lo que le da placer a Cristo, y trata de ser santo en su cuerpo y espíritu.* Muéstrale cualquier cosa en su vida diaria que a Cristo no le agrada, y él lo quitará de su vida. Muéstrale cualquier cosa que agrada a Cristo, y lo seguirá. No murmura acerca de los requisitos de Cristo, que sean demasiado estrictos o severos, como lo hacen los del mundo. Para él, los mandamientos de Cristo no son penosos, y su carga es ligera. ¿Y por qué es así? Simplemente porque lo ama.

5. Si amamos a alguien, nos agradan sus amigos. Estamos atraídos a ellos, aún antes de conocerlos. Estamos atraídos a ellos por el lazo de amor a la misma persona. Cuando los conocemos por primera vez no nos sentimos como desconocidos. Hay un vínculo entre nosotros. Ellos aman la persona que nosotros amamos, y esa es la única introducción que necesitamos. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El verdadero creyente considera todos los amigos de Cristo como sus amigos, miembros del mismo cuerpo, hijos de la misma familia, soldados del mismo ejército, viajeros al mismo hogar.* Cuando los conoce, siente que los ha conocido por mucho tiempo. Se siente más en casa con ellos después de unos pocos momentos que ha sentido con gente del mundo que ha conocido por años. Y ¿cuál es el secreto de todo esto? Es simplemente el afecto para el mismo Salvador y amor para el mismo Señor.

6. Si amamos a alguien, estamos celosos de su nombre y su honor. Al oír que hablen mal de él, le defendemos de inmediato. Nos sentimos obligados a mantener sus intereses y su reputación. Consideramos que la persona que lo trata mal nos ha maltratado a nosotros mismos. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El verdadero creyente considera con celo santo todos los intentos de menospreciar la palabra de su maestro, o su nombre, o la iglesia.* Lo confesará ante príncipes, si fuera necesario, y será tan sensible a cualquier deshonra intentada contra él. No guardará la paz, ni dejará que la causa de su maestro sufra deshonra, sin testificar contra esa deshonra. ¿Y por qué es así? Simplemente porque lo ama.

7. Si amamos a alguien, nos encanta hablar con él o ella. Le platicamos todos nuestros pensamientos, y vaciamos nuestros corazones ante él. No nos cuesta encontrar qué hablar con él. No importa cuán silenciosos y reservados seamos con otros, encontramos conversación con él fácil como hablando a un amigo querido. No importa cuán a menudo nos reunimos, nunca terminamos de tener algo del cual hablar. Siempre tenemos mucho que decir, mucho que pedir, mucho que describir, mucho que comunicar. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El verdadero cristiano no encuentra ninguna dificultad en habla con su salvador.* Cada día tiene algo que decirle, y no está satisfecho si no se lo dice. Le habla en oración en la mañana y en la noche. Le platica de sus deseos y necesidades, sus sentimientos y sus temores. Le pide consejos cuando tiene dificultades. Le pide consuelo cuando está en problemas. No puede hacer otra cosa. Tiene que a fuerzas conversar con su salvador continuamente o se desmayará en el camino. ¿Y por qué es así? Simplemente porque lo ama.

8. Si amamos a alguien, nos encanta estar siempre con él o ella. El pensar, el oír, el leer, y el hablar de vez en cuando están todos bien a su manera. Pero cuando en verdad amamos a alguien, queremos algo más. Deseamos siempre estar en su compañía. Siempre queremos estar con ellos, tener comunión con ellos sin interrupción ni adiós. Bueno, ¡así es entre el verdadero creyente y Cristo! *El corazón del verdadero creyente anhela ese día glorioso cuando verá su maestro cara a cara.* Anhela terminar con pecar y arrepentirse y creyendo, deseando esa vida sin fin cuando lo veremos como es, y nunca más pecaremos. Le ha agradado vivir por fe, pero sabe que le agradará más vivir por vista. Le ha dado complacer oír de Cristo y hablar de Cristo y leer de Cristo. ¡Pero cuánto placer será ver a Cristo con sus propios ojos, y nunca dejarlo más! Piensa él, “*Más vale vista de ojos que deseo que pasa*”. (Eclesiastés 6:9).

www.obrerosfiel.com. Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.